

Regeneración

EL PERIÓDICO DE LAS CAUSAS JUSTAS Y DEL PUEBLO ORGANIZADO

morena

DISCURSO DEL PRESIDENTE ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR EN EL 238 ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE SIMÓN BOLÍVAR

Nacido en 1783, exactamente 30 años después que Miguel Hidalgo, Simón Bolívar decidió desde muy joven luchar por causas grandes, nobles y justas. Como Hidalgo y como José María Morelos y Pavón, los padres de nuestra patria, el libertador Bolívar reunía virtudes excepcionales y es un vivo ejemplo de cómo una buena formación humanista puede sobreponerse a la indiferencia o a la comodidad de quienes provienen de cuna fina.

Pertenecía a una familia acomodada, de hacendados, pero desde niño fue educado por Simón Rodríguez, un pedagogo y reformador social que lo acompañó en su formación hasta que alcanzó un elevado grado de conciencia y madurez intelectual.

En 1805, con apenas 22 años, en el Monte Sacro de Roma, juró en presencia de su maestro y tocayo:

«No dar descanso a mi brazo
ni reposo a mi alma hasta
que haya logrado libertar al
mundo hispanoamericano
de la tutela española».

Igual que su padre, tenía vocación militar, pero al mismo tiempo era un hombre ilustrado y *de mundo*, pues viajó mucho por Europa. Vivió o visitó España, Francia, Italia e Inglaterra. Hablaba francés, sabía de matemáticas, de historia, de literatura. Pero no sólo era un hombre de pensamiento, sino también de acción. Conocía el arte de la guerra y era al mismo tiempo un político con vocación y voluntad transformadora: sabía la importancia del discurso, la fuerza de las ideas, la eficacia de las proclamas y era consciente de la gran utilidad del periodismo y la imprenta como instrumentos de lucha. Conocía el efecto que causaba la promulgación de leyes en beneficio del pueblo y, sobre todo, valoraba la importancia de no rendirse, de la perseverancia y de no perder nunca la fe en el triunfo de la causa por la que se lucha en bien de los demás.

En 1811 Bolívar se incorporó al ejército anticolonialista a las órdenes de Francisco de Miranda, precursor del Movimiento Independentista. Poco después, ante titubeos de este militar,

Bolívar tomó el mando de las tropas y, en 1813, inició la liberación de Venezuela. Poco antes, como escribió Manuel Pérez Vila —uno de sus biógrafos— los pueblos lo empezaron a llamar Libertador, «título que le confieren solemnemente, en octubre de 1813, la municipalidad y el pueblo de Caracas, y con el cual habría de pasar a la historia».

En su lucha incansable por los caminos y los mares de América se entrelazaron triunfos y derrotas; debido a su campaña militar tuvo que refugiarse en Jamaica y en Haití; de ese pueblo y de su gobierno recibió en dos ocasiones apoyo para sus campañas, algo verdaderamente excepcional y ejemplo de solidaridad y hermandad latinoamericana. En 1819 entró triunfante a Bogotá y poco después se expidió la Ley Fundamental de la República de Colombia. Este gran estado, la gran Colombia, creación del Libertador, comprendía las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá.

No todo fue fácil en su lucha: perdió batallas, enfrentó traiciones y, como en todo movimiento transformador o revolucionario, aparecieron las divisiones internas, que pueden llegar a ser más dañinas que las contiendas contra los verdaderos adversarios. En la lucha para liberar a los pueblos de nuestra América, Bolívar contó con el gran apoyo del general Antonio José de Sucre y, en 1822, se encontró en Guayaquil, Ecuador, con el general José de San Martín, otro ilustre titán de la independencia suramericana.

Ilustraciones Ricardo Peláez

En ese entonces se constituyó la República Bolívar, hoy Bolivia, y se consumó la independencia de Perú. En la costa de este país, a principios de 1824, Bolívar enfermó y, a pesar de las malas noticias por traiciones y derrotas, se cuenta que desde el butaque donde estaba sentado surgió la famosa exclamación: «¡Triunfar!». Esta anécdota la hizo poesía el maestro Carlos Pellicer, quien lo admiraba con intensidad y vocación.

Señor don Joaquín Mosquera
de cierta villa, llegaba.
Apeóse de su mula
y al Libertador buscara.
Vieja silla de baqueta
en la pared reclinada
de una miserable casa;
sobre de ella el cuerpo triste
de Bolívar descansaba.
Abrazóle don Joaquín
con muy corteses palabras.
El héroe del Mundo Nuevo
apenas si contestaba.
Luego que el señor Mosquera
las penas enumerara,
le preguntó a don Simón:
«Y ahora, ¿qué va usted a hacer?».
«¡Triunfar!». El Libertador
respondió con loca fe.
Y fue sólido silencio
de admiración y de espanto...



Luego de este aciago momento, el Libertador vivió muchos otros de igual desdicha; el último tramo de su existencia estuvo marcado por las constantes divisiones en las filas liberales que llevarán incluso a que, en vísperas de su muerte, Venezuela se proclamara estado independiente de la Gran Colombia. El 17 de diciembre de 1830, el gran libertador Simón Bolívar cerró los ojos y ya no despertó. Pero como los grandes hombres, cierran los ojos y se quedan velando: no se mueren del todo.

La lucha por la integración de los pueblos de nuestra América sigue siendo un bello ideal. No ha sido fácil volver realidad ese hermoso propósito. Sus obstáculos principales han sido el movimiento conservador de las naciones de América, las rupturas en las filas del movimiento liberal y el predominio de Estados Unidos en el continente. No olvidemos que, casi al mismo tiempo que nuestros países se fueron independizando de España y de otras naciones europeas, fue emergiendo en este continente la nueva metrópoli de dominación hegemónica.

Durante el difícil periodo de las guerras de independencia, a principios del siglo XIX, los gobernantes estadounidenses, con óptica enteramente pragmática, siguieron los acontecimientos con sigiloso interés. Estados Unidos maniobró en diferentes tiempos conforme a un juego unilateral: cautela extrema al principio —para no irritar a España, la Gran Bretaña y la Santa Alianza— sin obstaculizar la descolonización que por momentos se veía dudosa; y después, en 1822, George Washington inició el reconocimiento rápido de las independencias logradas, a fin de cerrar el paso al intervencionismo extracontinental.

En octubre de 1823, Thomas Jefferson, progenitor de la Declaración de Independencia y convertido para entonces en una especie de oráculo, dio respuesta por carta a una consulta que sobre la materia le hiciera el presidente James Monroe. En un párrafo significativo, Jefferson dijo:



«Nuestra primera y fundamental máxima debería ser la de jamás mezclarnos en los embrollos de Europa. La segunda, nunca permitir que Europa se inmiscuya en los asuntos de este lado del Atlántico».



En diciembre, Monroe pronunció el famoso discurso en el que quedó delineada la doctrina que lleva su nombre. La consigna de «América para los americanos» terminó de desintegrar a los pueblos de nuestro continente y destruir lo edificado por Bolívar. A lo largo de casi todo el siglo XIX se padeció de constantes ocupaciones, desembarcos, anexiones y a nosotros nos costó la pérdida de la mitad de nuestro territorio, con el gran zarpazo de 1848.

Esta expansión territorial y bélica de Estados Unidos se consagró cuando cayó Cuba, el último bastión de España en América, en 1898, con el sospechoso hundimiento del acorazado *Maine* en La Habana, que da lugar a la enmienda Platt y a la ocupación de Guantánamo; es decir, para entonces Estados Unidos había terminado de definir su espacio físico vital en toda América.

Desde aquel tiempo, Washington no ha dejado de realizar operaciones abiertas o encubiertas contra los países independientes situados al sur del Río Bravo. La influencia de la política exterior de Estados Unidos es predominante en América. Solo existe un caso especial, el de Cuba, el país que durante más de medio siglo ha hecho valer su independencia enfrentando políticamente a los Estados Unidos. Podemos estar de acuerdo o no con la Revolución Cubana y con su gobierno, pero haber resistido 62 años sin sometimiento es toda una hazaña. En consecuencia, creo que, por su lucha en defensa de la soberanía de su país, el pueblo de Cuba merece el premio de la dignidad y esa isla debe ser considerada como la nueva Numancia, por su ejemplo de resistencia. Y pienso que por esa misma razón debiera ser declarada patrimonio de la humanidad.



Pero también sostengo que ya es momento de una nueva convivencia entre todos los países de América, porque el modelo impuesto hace más de dos siglos está agotado, no tiene futuro ni salida: ya no beneficia a nadie. Hay que hacer a un lado la disyuntiva de integrarnos a Estados Unidos o de oponernos en forma defensiva. Es tiempo de explorar otra opción: la de dialogar con los gobernantes estadounidenses y convencerlos y persuadirlos de que una nueva relación entre los países de América es posible. Considero que en la actualidad hay condiciones inmejorables para alcanzar este propósito de respetarnos y caminar juntos sin que nadie se quede atrás. En este afán puede ayudar nuestra experiencia de integración económica con respeto a nuestra soberanía, que hemos ido llevando a cabo en la concepción y aplicación del Tratado Económico y Comercial con Estados Unidos y Canadá.



Obviamente, no es poca cosa tener de vecino a una nación como Estados Unidos. Nuestra cercanía nos obliga a buscar acuerdos y sería un grave error ponernos con Sansón a las patadas. Pero tenemos poderosas razones para hacer valer nuestra soberanía y demostrar con argumentos, sin balandronadas, que no somos un protectorado, una colonia o su patio trasero. Además, con el paso del tiempo, poco a poco se ha ido aceptando una circunstancia favorable a nuestro país: el crecimiento desmesurado de China ha fortalecido en Estados Unidos la opinión de que debemos ser vistos como aliados y no como vecinos distantes. El proceso de integración se ha venido dando desde 1994, cuando se firmó el primer Tratado, que aun incompleto —porque no abordó la cuestión laboral, como el de ahora— permitió que se fueran instalando plantas de autopartes del sector automotriz y de otras ramas y se han creado cadenas productivas que nos hacen indispensables mutuamente. Puede decirse que hasta la industria militar de Estados Unidos depende de autopartes que se fabrican en México. Esto no lo digo con orgullo sino para subrayar la interdependencia existente.

Es por todo esto —como se lo comenté al presidente Joseph Biden— que nosotros preferimos una integración económica con dimensión soberana con Estados Unidos y Canadá, a fin de recuperar lo perdido con respecto a la producción y el comercio con China, que seguimos debilitando como región y tener en el Pacífico un escenario plagado de tensiones bélicas. Para decirlo en otras palabras: nos conviene que Estados Unidos sea fuerte en lo económico y no sólo en lo militar. Lograr este equilibrio y no la hegemonía de ningún país es lo más responsable y lo más conveniente para mantener la paz en bien de las generaciones futuras y de la humanidad.

Antes que todo, debemos ser realistas y reconocer que mientras China domina 12.2% del mercado de exportación y servicios a nivel mundial, Estados Unidos sólo lo hace en 9.5%. Este desnivel viene de hace apenas 30 años, pues en 1990 la participación de China era de 1.3% y la de Estados Unidos del 12.4%. Si esta tendencia de las últimas tres décadas se mantuviera —y no hay nada que legal o legítimamente pueda impedirlo— en otros 30 años, para 2051, China tendría el dominio del 64.8% del mercado mundial y Estados Unidos entre el 4 y 10%. Esta desproporción, además de inaceptable en el terreno económico, mantendría viva la tentación de apostar a resolver esta disparidad con el uso de la fuerza, lo que nos pondría en peligro a todos. Podría suponerse de manera simplista que corresponde a cada nación asumir su responsabilidad, pero tratándose de un asunto tan delicado y entrañable, con respeto al derecho ajeno y a la independencia de cada país, pensamos que lo mejor sería fortalecernos económica y comercialmente en América del Norte y en todo el continente.

Además, no veo otra salida; no podemos cerrar nuestras economías ni apostar a la aplicación de aranceles a países exportadores del mundo y mucho menos debemos declarar la guerra comercial a nadie. Pienso que lo mejor es ser eficientes, creativos, fortalecer nuestro mercado regional y competir con cualquier país o con cualquier región del mundo. Desde luego esto implica planear conjuntamente nuestro desarrollo. Deben definirse de manera conjunta objetivos muy precisos; por ejemplo, dejar de rechazar a los migrantes, jóvenes en su mayoría, cuando para crecer se necesita de fuerza de trabajo que, en realidad, no se tiene con suficiencia ni en Estados Unidos ni en Canadá. ¿Por qué no estudiar la demanda de mano de obra y abrir ordenadamente el flujo migratorio?



En el marco de este nuevo plan de desarrollo conjunto deben considerarse la política de inversión, lo laboral, la protección al medio ambiente y otros asuntos de mutuo interés para nuestras naciones. Es obvio que esto debe implicar cooperación para el desarrollo y bienestar en todos los pueblos de América Latina y el Caribe. Es ya inaceptable la política de los últimos dos siglos, caracterizada por invasiones para poner o quitar gobernantes al antojo de la superpotencia; digamos adiós a las imposiciones, las injerencias, las sanciones, las exclusiones y los bloqueos.



Apliquemos, en cambio, los principios de no intervención, autodeterminación de los pueblos y solución pacífica de las controversias. Iniciemos en nuestro continente una relación bajo la premisa de George Washington, según la cual

«las naciones no deben aprovecharse del infortunio de otros pueblos».



Estoy consciente de que se trata de un asunto complejo que requiere de una nueva visión política y económica. La propuesta es, ni más ni menos, que construir algo semejante a la Unión Europea, pero apegado a nuestra historia, a nuestra realidad y a nuestras identidades. En ese espíritu, no debe descartarse la sustitución de la Organización de los Estados Americanos por un organismo verdaderamente autónomo, no lacayo de nadie, sino mediador a petición y aceptación de las partes en conflicto, en asuntos de derechos humanos y de democracia. Es una gran tarea para buenos diplomáticos y políticos como los que, afortunadamente, existen en todos los países de nuestro continente.

Lo aquí expuesto puede parecer una utopía; sin embargo, debe considerarse que sin el horizonte de los ideales no se llega a ningún lado y que, en consecuencia, vale la pena intentarlo. ¡Mantengamos vivo el sueño de Bolívar!

Castillo de Chapultepec, Ciudad de México, 24 de julio de 2021

Publicamos este discurso no sólo por su fuerza ideológica, su profundidad argumentativa y su belleza narrativa, sino porque es ya una pieza histórica, donde se exponen los lineamientos para una nueva relación entre los países de América Latina y Estados Unidos.